

IGNACIO
GÓMEZ DE LIAÑO

CONTRA EL FIN
DE SIGLO

BIBLIOTECA
DE ENSAYO
SIRUELA

Ignacio Gómez de Liaño

Contra el fin de siglo

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 56 (serie menor)

Índice

Cubierta

Portadilla

Contra el fin de siglo

Advertencia del autor

El descubrimiento

El subterráneo

El final del proceso

Créditos

Contra el fin de siglo

Advertencia del autor

Hace quince años escribí una sátira, que titulé *Contra el fin de siglo o Los Teriopos*. Mediante una combinación de escenografía teatral, mitología clásica, trama urbana y peripecia procesal suburbana, hice en ella una reflexión crítica sobre nuestro tiempo en los campos del arte, la filosofía, la literatura, la política y la economía. El resultado me pareció tan provocativo, y tan digno de edición también, que lo publiqué con el seudónimo de Miguel Ángel del Arco en una edición de tirada limitada y de tapas negras que apareció en 1999 y que envié a unas cuantas personas poniendo como remite: calle de Quevedo, 9, o sea, un número inexistente.

Mantenido en secreto desde entonces, he decidido, al fin, sacarlo a la luz, pues me ha parecido que se ha vuelto todavía más actual que en el momento de escribirlo. Tan es así que cuando en el libro se lee que «en el año 2010 se producirá un pavoroso crack» y se describen sus efectos, lo que relato se ajusta mucho más a lo que se ha empezado a vivir desde 2010 que lo que se vivía cuando escribí esas frases, a finales de 1997, o cuando las edité, a comienzos de 1999. Al publicar ahora *Contra el fin de siglo* me he quitado de encima el seudónimo que entonces me encasqueté, manteniendo, sin alteraciones, el texto que saqué a la luz más bien crepuscular del siglo y del milenio que entonces agonizaban.

Mayo de 2014

El descubrimiento

A media mañana suelo caminar un rato por el paseo de Recoletos. Desemboco por la calle de Bárbara de Braganza, y nada más saltar al andén central del paseo, me paro junto a la estatua de Valle Inclán y pienso en los esperpentos que tan justa fama le han dado. Luego me quedo un rato mirando la fachada de la Biblioteca Nacional y como siempre tiene delante dos grúas, se me antoja que ya son tan parte de la fachada como el Alfonso X el Sabio y el San Isidoro de piedra que están sentados en la escalinata.

Después, bajo a la plaza de Cibeles y observo los edificios que la rodean: el de Correos con sus torres y almenas de catedral gótica, el del Banco de España con sus columnas y arcos de palacio florentino, el del Cuartel General del Ejército con su frondoso jardín y el de la Casa de América con el fantasma que, según dicen, alberga dentro de sus muros. ¿Sigo hacia la plaza de Neptuno y me doy una vuelta por el Museo del Prado, los dos hoteles más famosos de Madrid y el palacio del Congreso o, desandando lo andado, me llego hasta la plaza de Colón? Esa es la cuestión.

También hay otra posibilidad: doblar a la derecha, subir por la calle de Alcalá, cruzar la Puerta del Sol, seguir por Arenal hasta la plaza de Oriente y terminar la larga caminata en la plaza de España.

Mientras tomo una decisión, dibujo con el pensamiento esos dos itinerarios como si fuesen sendos triángulos. En los vértices del primer triángulo pongo al Sol, a la Tierra y al Mar o, para decirlo en versión matritense, la plaza de la Puerta del Sol, la de Cibeles y la de Neptuno. En los vértices del segundo pongo, otra vez, la Puerta del Sol, la plaza de Oriente –con el Palacio, la Catedral y el Teatro Real– y la plaza de España.

Una vez contruidos esos dos triángulos, los repaso mentalmente y, cuando se me han vuelto perfectamente nítidos, los hago girar alrededor de la Puerta del Sol. Entonces se me ofrece un espectáculo que pocos

han contemplado: el Palacio, el Teatro, la Catedral y España, por un lado, el Banco, el Cuartel, Correos, América, Museo y Congreso, por otro, se ponen a dar vueltas como si fuesen las manecillas de un reloj.

Y hago más: en la manecilla de las horas veo las plazas de Oriente y de España, y en la de los minutos las de Cibeles y de Neptuno. Este inesperado reloj me descubre interesantes relaciones urbanas:

Al Congreso de los minutos le hace eco el Senado de las horas.

Al carro de la diosa de la Tierra o Cibeles (minutos) le hace eco la estatua ecuestre de Felipe IV (horas), que preside la plaza de Oriente.

Al dios del Mar o Neptuno (minutos) le responde la estatua de Felipe II (horas) que, de pie, une el Palacio y la Catedral.

Al conjunto del Palacio, la Catedral y el Teatro Real de las horas le responde el del Banco, Correos, la Casa de América y el Cuartel de los minutos.

Por último, al grupo de Don Quijote y Sancho de la plaza de España, que está en la manecilla de las horas, se le puede dar, como pareja, al propio Cervantes, cuya estatua se encuentra frente al Congreso, en la manecilla-triángulo de los minutos.

Sumido en este intrincado Madrid copernicano, casi sin darme cuenta he desandado lo andado, de manera que ahora me encuentro en la plaza de Colón. Mientras pienso que esta plaza podría hacer el papel de Puerta del Sol en un nuevo juego de relojería urbana, de modo que al emperador Carlos V de la glorieta de Atocha le respondiese el presidente de la República don Emilio Castelar que se encuentra en la plaza que lleva su nombre, tomo asiento en un banco de los Jardines del Descubrimiento y me zambullo en las superficiales aguas de un periódico.

A los pocos minutos, cuando vuelvo a posar la mirada en lo que me rodea, se me revela un mundo insospechado: delante de mí se deslizan unos seres que consisten en una sola pierna de casi dos metros de altura, encima de la cual pendula una cabeza parecida a la de los pájaros. La pierna ejerce gran presión sobre una plataforma alargada que rueda a gran velocidad, produciendo en el mobiliario urbano un destrozo casi tan grande como en las reglas de urbanidad.

Todavía no me he repuesto de la sorpresa, cuando de la parada del autobús que hay enfrente del cine Carlos III me llega un concierto de

balidos. Al mirar, observo que los que suben al autobús ostentan mansurrondas cabecitas de cordero, excepto uno, cuya testa de carnero amenaza con cornear al conductor. Al fijarme en este, noto que las pacientes facciones que suelen ostentar los de su gremio se han transformado en las de un oso hormiguero, y que con su larga lengua expende los boletos y comprueba la validez de los bonos.

Cuando, acto seguido, reparo en el cartel publicitario que hay en la mampara de cristal de la parada, mi asombro no tiene límites. Lo que veo es una cabezota de jabalí con una lata de cerveza alemana junto al hocico. ¡También en Alemania! ¡Esto es una invasión continental! ¡Una invasión de teriopo! No sé dónde he oído la palabra, que tiene que ver con la extraña metamorfosis que se ha producido en la vida de la ciudad, pues en griego *teriopo* quiere decir «cara de fiera», y eso es lo que prolifera alrededor mío.

Pero lo que más me extraña es no ver por ninguna parte a los estudiantes que suelen estar echados en el césped. ¿Es posible que en una mañana tan soleada *todos* se hayan puesto de acuerdo en ir a clase para martirizar a sus profesores? No, no es posible. Y no lo es, porque no he acabado de hacerme esa pregunta cuando veo erguirse, en el césped, una lagarta muy verde y emperifollada que no para de hacer monerías. Con los brazos en jarras, se le acerca otra con hocico de loba. La lagarta primera se pone a gritar como una verdulera. Aquí hay gato encerrado, me digo. Y lo hay, pero por partida doble, pues dos estudiantes con cara de gato se acercan a las lagartas, se miran, el uno bufando y el otro enseñando las uñas, y, en ese instante, no sé de dónde sale otra lagarta queriendo poner paz y, de paso, llevarse el gato al agua. Y empiezan a rebullir tantos lagartos y lagartas, gatos y gatas, perros y perras, lobos y lobas, además de unas cuantas cabezas de burro y de chorlito, que me marchó deprisa y corriendo. Pero al pasar junto a la columna de Colón, un monópodo me atropella con su infernal monopatín, y de nada me sirve llamar a los agentes de un coche patrulla que hay junto a la columna. Las facciones de aguilucho y jaguar de los agentes ni se inmutan.

De nuevo en el paseo de Recoletos, veo que un grupo de curiosos se arremolina alrededor de la verja de la Biblioteca. Acaban de llegar los coches de una comitiva oficial. Los curiosos tienen los ojos fijos en un

automóvil muy raro, pues del techo le salen dos protuberancias a modo de torretas, a través de las cuales se ven un pescuezo de jirafa y otro de grulla. Los banderines de los coches, con sus águilas, leones y cuernas entrelazadas formando coronas, revelan que sus ocupantes son Sus Altanerías Ji y Gru.

Nunca me he topado con una comitiva como esta, con tantos motoristas echando chispas por sus ojos de felinos y rapaces, ni siquiera cuando se concentró en la capital mucho pájaro de cuenta de la Organización de Teriopus Armados y Necrófilos. Así es que me pregunto cómo van a salir del coche tan altos pasajeros. La cosa resulta, sin embargo, muy fácil, pues la carrocería del vehículo se abre igual que cuando se cacha un huevo y, en un periquete, se sitúan al pie de la escalinata Sus Altanerías Ji y Gru.

–¡Qué altos! ¡Qué pescuezos! –comenta la admirada muchedumbre, mientras que en los balcones de la Biblioteca se amontonan oscuras cabecitas de mochuelos, búhos y murciélagos, que graznan, aletean y picotean estrepitosamente.

Su Altanería Ji saluda a la concurrencia imprimiendo una vibrante oscilación a su larguísimo pescuezo. Cuando empieza a subir la escalinata, se vuelve para mirar a la grúa de la izquierda y se pone muy risueño. En vez de pasar entre el Rey Sabio y el San Isidoro de la escalinata, salta por encima de la balastrada y se abraza a la grúa. La elevación de este rasgo demuestra tan a lo vivo la llaneza del príncipe que el gallinero se conmueve y cacarea lleno de fervor. Al lado mío, una señora con cabeza de pavo echa el moco y hace con la cola una rueda emplumada de emoción. Su Altanería Gru se acerca a su hermano y le da unas palmaditas en la espalda. Ji vuelve a la escalinata, y el príncipe y la princesa dibujan con los pescuezos curvas tan elegantes, que uno de los circunstantes debajo de cuyas facciones de oso polar alberga la sesera de un hábil calculista, dice a la señora con cabeza de marsopa que tiene al lado:

–Qué hipérbola, Dios mío. Y ahora, qué parábola. No sabe usted el trabajo que cuesta hacer esas curvas.

Sus Altanerías llegan a la puerta. Ji tiende la mano a la estatua de Cervantes. Quevedo, que observa la escena desde su medallón, se siente preterido y se arrebatada y ya piensa en una sátira.

«Hará temblar a Sus Altanerías –murmura–. En comparación, mis *Gracias y desgracias del ojo del culo* van a quedar como un chiste de convento».

Y llega el momento culminante. Cómo pasarán Sus Altanerías por la puerta, pues la altura de sus pescuezos se lo pone muy difícil. Ji resuelve el problema abriendo mucho las piernas, como si fuese la letra A, al tiempo que traza con el pescuezo un ángulo muy obtuso y... ya está dentro. Gru solo tiene que hacer una elegante media elipse, que se asemeja a una letra C, y, en un instante, se eclipsa dentro del zaguán, donde les aguarda don Marcelino Menéndez y Pelayo en su trono de mármol. Todos disculpan que sus achaques y el trabajo que le da la nueva edición de los *Heterodoxos* le impidan levantarse para agasajar a tan altos visitantes. En cambio, un señor con cara de perrito faldero da muchos lametones a los pies de Sus Altanerías y al retrato de Fragoso Rosín que lleva al cuello la señora con cara de corza que los acompaña. El perrito ladra un discurso muy elocuente y entrega a Sus Altanerías una lujosa edición ilustrada del *Coloquio de los perros*. Al abrir el volumen, los príncipes se tropiezan con una lámina del Patio de Monipodio de la que hacen grandes elogios.

Como noto que los motoristas me miran con caras de perro y como, al verme, la gente emite desagradables gruñidos, vuelvo a sentir las angustias que me asaltaron en los Jardines del Descubrimiento. Me paso las manos por la frente, las sienes, la nariz, la boca, las orejas. Todo sigue igual. Soy el mismo. ¡El mismo! Ese es el problema. Urgido por el deseo de ver a alguien que no haya sido víctima de una metamorfosis tan horrible como la que estoy presenciando, cruzo el paseo y me voy a refugiar en el café Gijón. Si en algún sitio he de encontrar a mis iguales, tiene que ser allí, en ese café tan celebrado por sus tertulias de artistas y literatos.

Empujo la puerta de cristales, cruzo el umbral y..., al fin, en vez de picos de pájaro, fauces de felino y rostros de artrópodos o cefalópodos, en vez de las testas hocicudas de los mamíferos, las puntiagudas de los peces y los triángulos verdosos de las serpientes, veo caras humanas, incluso demasiado humanas, alrededor de las mesas de mármol veteadas. Todos apoyan la barbilla o el carrillo en la mano, como Jovellanos en el famoso retrato de Goya. Ese gesto tan espiritual me hace revivir,